The Library
of the
University of North Carolina

This book was presented
by
The Rockefeller Foundation

898.2
G158d

This **BOOK** may be kept out **TWO WEEKS ONLY,** and is subject to a fine of **FIVE CENTS** a day thereafter. It was taken out on the day indicated below:

OCT 2 7 1988

OCT 25 '88

Digitized by the Internet Archive
in 2025 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/dioseshombresybe00galn

L tela

Dioses, Hombres y Bestias

OBRAS DE BARTOLOME GALINDEZ

Poemas Modernos y Exóticos, poesías *1918*
La Venecia Dorada, poesías *1919*
Nuevas Tendencias, crítica *1920*
Novelas Cortas *1921*
Humanidad, poesías *1922*
El Canto Blanco, poesías *1923*
El Indice Divino, parábolas *1923*
Naturaleza, poesías *1924*
Sol de Otoño, poesías *1926*
Las Tres Anforas, poesías *1927*
Poemas de la Tiranía, poesías *1927*
Una Rosa en el Mar, poesías *1928*
Dioses, Hombres y Bestias *1929*

BARTOLOMÉ GALINDEZ

Dioses, Hombres y Bestias

1929

EDITORIAL "ALBA" - ARAUJO Hnos.,
RIVADAVIA 1731 - Bs. AIRES

Es propiedad del autor
Queda hecho el depósito
que marca la Ley.

GÉNESIS

Al principio crió Dios los cielos y la tierra,
mas la tierra se hallaba toda desordenada
y Dios hizo la luz y el agua separada
la tiniebla y la hierba, el árbol y los astros,
las aves y los peces y toda bestia. Dijo
el Dios Jehová: Hagamos para mejor confianza
el hombre a nuestra imagen y a nuestra semejanza;
y lo hizo de la arcilla y lo bendijo.

Plantó un huerto en Edén
donde había todo árbol
delicioso a la vista, bueno para comer.
Y salía de Edén un gran río sonoro
que surcaba la tierra de Havilah, donde hay oro,
abríase en ramales y llegaba a Etiopía,
fecundaba la Asiria y luego se extendía
ya sea con el nombre de Pisón,
Eufrates, Hiddekel, Gihón.

41745

Mas el hombre se hallaba solo. Dios meditó
e hizo de su costilla la mujer. Luego habló:
He aquí que os he dado hierba que da simiente
y árbol que brinda fruto. Señoread de las aves
y de todo animal y del agua y la tierra
y de la vida que ésta encierra;
pero os prohibo solamente
que comáis de este árbol que es del bien y del mal
Ambos lo prometieron con respeto filial.

Hombre y mujer en el sagrado huerto
rodeado de ríos que lo hacían fecundo,
vivían asombrados del esplendor del mundo,
admirando lo grande y palpando lo cierto.
Comían de la hierba, recogían los frutos
grandes y diminutos
que coloreaba el sol fecundante. Otras veces
iban al río en busca de delicados peces.

Ambos eran felices y acercaban
sus cuerpos en la sombra al recogerse.
Se encontraban desnudos y no se avergonzaban
ni llegaron a enrojecerse.

Vivían sin pesares ni placeres,
tranquilos, vigilados por Dios. Eran dos seres
mecánicos, rodeados por la vida exterior
y sin haber sentido todavía
ese mundo interior
que encierra, amor, placer, dolor, melancolía.

Mas la serpiente astuta se acercó a la mujer,
lo que prueba un principio de su psicología,

y le habló de comer
del árbol prohibido: Y sabe Dios que el día
que comiérais — le dijo, — de él, serán bien abiertos
vuestros ojos y luego viviréis en los huertos
como dioses. Comed.

La mujer, vacilando, tentóse. Tuvo sed.
Retrocedió con miedo; luego extendió la mano
y recogió la fruta jugosa del manzano.

El hombre, poseído también de su locura,
en la pulpa sabrosa hundió la dentadura.

Y se abrieron los ojos de ambos, y conocieron
que se hallaban desnudos. En seguida cosieron
unas hojas de higuera y se cubrieron.

Dios los llamó. Escondiéronse. Insistió en su llamado
Jehová, y entonces fueron a él. Adán le dijo:
Señor, oí tu llamado mas me hallaba desnudo
y me escondí. Mirólo el Señor asombrado,
y de indignación mudo;
y luego reponiéndose: — Imagino
— exclamó, — que comiste del árbol. — La mujer
— contestó Adán, — brindóme la tentación. Comí
y hallé la fruta del placer.
mejor que todas las que conocí.

Y Jehová dijo a la mujer:
—Porque comiste lo prohibido,

el dolor seguirá al placer.
Y al hombre: Será el mundo maldecido
por amor de tí. Espinas y cardos hallarás,
y la hierba del polvo por siempre comerás
y en el sudor del rostro tus panes hallarás
hasta que un día vuelvas donde fuiste tomado.
Polvo eres y al polvo luego serás tornado.

Dios los vistió. Después los sacó del Edén,
mostrándoles la vida con su mal y su bien;
y el hombre y la mujer condenados por Dios
a vivir con las bestias, pero juntos los dos,
acercaron con sed los labios voluptuosos
y, después de besarse, se miraron dichosos.

EL HOMBRE, LA MUERTE Y DIOS

El hombre era sano
desde el cabello hasta la mano,
sano de cuerpo y sano de alma.
Dentro la esfera de la calma,
vivía como un buey sin hacer daño, bueno,
trabajador, paciente,
sin ambición, sereno.
Las heces del dolor no manchaban su frente.

En contacto directo con la naturaleza,
maravillosa de belleza,
le dió la tierra su alimento
y encontró en cada fruto,
como generoso sustento,
su tributo.

Improvisó una honda, y en la selva volteaba
los plátanos dorados.
Dió con hierbas benéficas cuya virtud lograba

fortalecer sus músculos quemados
por el sol y los vientos.

Era bueno. Por su cabeza
no pasaban los pensamientos
que se mezclan con la maleza.

El bosque era su amigo,
y le daba la miel madurada del higo,
la ciruela dulce y jugosa
y la naranja fresca con el zumo algo ácido.
Junto a un árbol añoso cuyo ramaje plácido
balanceaban las brisas, edificó su choza
con piedras arrancadas
a las montañas soleadas.

Vivía mansamente
comiendo, contemplando los cielos inmutables,
y dormía tranquilamente
lejos de pensamientos miserables.
A la primera luz del día, abandonaba
la choza y se lanzaba
al bosque. Allí encontraba su alimento
y entonces regresaba con él a su aposento.

El mundo le pertenecía;
suyos eran el bosque, el prado, la montaña
y el aire respirado por sus amplios pulmones
Se hundía en la maraña,
saltaba en los breñales,
escalaba los montes,

y sus ojos alertas buscaban los eriales
y sorbían los horizontes.

Era fuerte. Sus puños doblaban los arbustos
y partían las ramas como paja.
Cuando entraba en la selva, se sentía
el ruido del árbol que se raja
o el tronco del gigante que crujía.
Enormes piedras levantaba como
un titán cuyo lomo
fuera de resistente acero
y cuyo brazo férreo era capaz
de sostener como Atlas el hemisferio entero.

Pero vivía en paz
con el tributo de la tierra amiga
sin conocer la ciencia de la miga
ni la sabiduría de la uva de oro.
Era la bestia, y la Naturaleza
su único tesoro,
explosión de riqueza y de belleza.

A veces se sentaba en un peñasco
y clavaba la vista en el paraje.
Lenta, pausadamente, en más de un momento
su cerebro se abrió a la meditación.
Mientras sus ojos devoraban el paisaje,
quizás pensaba en la interpretación
que daría a la vida, a la Natura
fecundante e inmensa,
o en el milagro que condensa

toda esa enorme fuerza que es una levadura
de creación dinámica.
¿Pensó en la ley inconmovible
del Creador? Quizás no, quizás sí. Todo es posible;
mas no tuvo noción precisa
del origen supremo ni de su origen mismo,
ni de esa ciencia abstracta que pone la sonrisa
de la flor en la piedra que se inclina al abismo.

El desconocimiento del dolor
y del placer, hacíanlo feliz.
Su único gozo dábanselo la espiga de maíz,
el durazno rosado por el solar calor,
el plátano y el higo, o el agua que corría
mansamente entre flores o entre breñas,
cuando sediento recurría
al manantial sonoro o al arroyuelo agreste
bañado por el cielo luminoso y celeste.

Los astros atraían sus miradas
sin explicarle el hondo fenómeno que pesa.
sobre sus vidas imantadas
y que termina cuando nuestra razón empieza.

Pero un día el hombre se hallaba
sentado al pie de la montaña misteriosa
y a pocos pasos de su choza.
Parecía que meditaba,
cuando de pronto un ruido, insólito, furioso,
ensordeció el reposo
de los montes tranquilos y las selvas dormidas.

Era un rugido ronco que aumentaba,
crecía como el trueno
y se iba dilatando en las cumbres heridas
por un inmenso resplandor,
haciendo retemblar la tierra a su fragor.

El hombre alzó los ojos y miró con horror
la cumbre llameante, cubierta de humo denso;
escuchó su rugido inmenso
tembloroso, supersticioso;
y a pesar de ser sano y fuerte,
se le escapó un gemido de la voz
y por primera vez adivinó la muerte
y reconoció a Dios.

LA HERENCIA DE CAIN

¡Caín, Caín! Sangre fraterna
que al mundo con tu ejemplo diste
y la Humanidad lleva, eterna,
sobre su frente demasiado triste.

¡Caín, Caín! Sangre de hermano,
que el mundo recogió de herencia
y que hoy mancha toda su mano
y pone un velo espeso en la conciencia.

¡Caín, Caín! Sombra homicida,
sangrienta y pálida visión
que lleva el paso de la vida
en la barbarie y civilización.

¡Caín, Caín! Sombrío anhelo,
pasiones y odios a granel.
Pregunta, hace siglos, el cielo:
¿Caín, qué has hecho de tu hermano Abel?

LA BESTIA

Moró la bestia silenciosa
por la tierra triste y fecunda;
moró callada y vagabunda
inconsciente como una cosa.

Nada le había hecho al Creador
y mereció tanto castigo,
y tras siglos llevó consigo
su soledad como un dolor.

La cabeza torpe y peluda
levantaba a veces al cielo,
y la inclinaba luego al suelo
inexpresivamente muda

Sólo su estómago impaciente
le revelaba que vivía,
y con satisfacción comía
la fresca hierba y la simiente.

Al inclinarse sobre el río
estúpidamente miraba
la cabeza que reflejaba
el agua, origen del rocío.

Veía al sol sin expresión,
y continuaba su camino
cumpliendo el código divino
al que no daba explicación.

Era suya la tierra, era
su reino único, absoluto,
y le daba el sabroso fruto
que se tiñe en la primavera.

Mas un día la bestia vió
que avanzaba el hombre hacia ella
Le pareció una bestia bella
y sensualmente la miró.

Pero el hombre, extrañado un poco,
paróse lleno de recelo,
clavó las uñas en el suelo
y arqueó las cejas como un loco.

Amigablemente avanzó
la bestia moviendo el hocico.
El hombre levantó su pico
de dura piedra y lo blandió.

Detúvose la bestia llena
de temor; se encondió en las matas,
y, dando impulsos a sus patas,
huyó con algo más de pena.

Persiguióla el ser primitivo,
y, al penetrar en su caverna,
sintió un sabor de carne tierna
en el paladar sensitivo.

Y desde entonces, con recelo,
el animal siguió vagando,
desconfiadamente olfateando
tanto la tierra como el cielo.

EL AMOR

El amor da a la vida
su bálsamo infinito;
hace dulce la herida
y hace el mundo bendito.

En Empedocles es
tendencia a asimilar
y en Demócrito mies
rica de fecundar.

Tiene un poco de loco
y de lo que no existe;
y es feliz y hasta un poco,
o demasiado, triste.

Forma la levadura
del placer que nos ata.
Lejos de la cordura
nos endiosa o nos mata.

Penetra como chispa
y termina en hoguera.

Es a veces avispa
o mirlo en primavera.

Pensamiento celeste
y sentimiento rojo,
es en el Arcipreste
fuego que, al paso, cojo:

"Más arde é más se quema
cualquier que te más ama.
Destrúyeslo del todo
como 'l fuego á la rrama".

Es posible que suba
a nuestro pensamiento
con la ebriedad de uva
que devora al sediento.

Schopenhäüer lo hostiga,
mas Sócrates lo ampara,
y halla la mano amiga
que Platón le depara.

En la adversidad es
constante, recto, noble.
Medalla sin revés
y firmeza de roble.

Al corazón adula
y otras veces, también,
los labios acidula
perfectamente bien.

Cabe en todo lugar,
rico o humilde sea;
se agranda en el pesar
y penetra en la idea.

Deseo de ser bueno,
como dijo Platón,
hace inquieto y sereno
a nuestro corazón.

Lo grande y lo sublime,
todo dentro él se encierra;
es lo que nos redime
y hace dulce la tierra.

¿Qué felicidad más
dulce existe que esa
que nos da con su paz
un mundo de belleza?

Aristipo, que opina
que es movimiento suave,
una parte adivina,
la otra olvida o no sabe.

Pues el amor, instantes
hay en que es más violento
y encierra diez gigantes
en cada pensamiento.

Por otra parte, digo
que, cuando se presenta,
es siempre buen amigo
y a gusto se aposenta.

Como huésped es fino,
travieso, endemoniado.
Tiene muy poco tino
y mucho de pecado.

Mas todo es cuestión, creo,
de encerrarlo con llave.
Esto es para el deseo
la más perfecta clave.

Pues si libre se deja,
él, que el cuerpo domina
y nada le aconseja,
halla pronto vecina.

Y lo peor del caso
es, que una vez que impera,
voluntad es fracaso
y el carácter zoncera.

Fuera de ello, el amor
es, con todo su empeño,
un sentimiento en flor
cabalgando en un sueño.

Y nos conduce suave
mente por el camino
que él bien conoce y sabe
que da, al fin, al destino.

Mas si el orgullo encuentra,
se transforma en peñasco,
huye, se reconcentra
y es más terco que un vasco.

Advierte a su enemigo
y lo rechaza, pero
lleva después consigo
la tienda del buhonero.

En la oportunidad
que se presenta, choca
y la felicidad
se escapa por la boca.

Pero nunca abandona
cruel y está siempre listo
a olvidar, y perdona
con la mano de Cristo.

Cuanto más complicado,
más exquisito es;
pero luego, cuidado,
cuidado con sus pies.

En la recordación,
tras el tiempo que pasa,
hotel del corazón
nos abre, en par, la casa.

Y no hay mayor dulzura
que aquella que él evoca
cuando el recuerdo apura
mieles, que da a la boca.

Sabe sufrir hermético
bajo el hondo quebranto
y se debilita ético
con los ojos con llanto.

Es el fuego de Vesta
que una vestal aviva
sumando lo que resta
al alma pensativa.

Y es en la adversidad
y en los tiempos felices,
firme posteridad
tras tiempos y países.

Fe siempre renacida,
fuerte cual roble, fuerte,
más allá de la vida
termina con la muerte.

Pues si viene el hastío
a filtrarle su daño
y a llenarlo de frío,
no era amor: era engaño.

LAS PASIONES

La pasión es simiente
de sensibilidad.
Desde la obscuridad
pasa por nuestra frente.

Voz que es anfibológica
y facultad profunda,
nuestro sentido inunda
apartando la lógica.

Sensación subjetiva,
en nuestro ser penetra
y nos quita la letra
"m" en meditativa.

Ira, impulso, ternura,
se torna a veces brusca
y como un ciego busca
luz en la vida obscura.

Su profunda insolencia
es como un estudiante

que se pone delante
mismo de la conciencia.

Las define Teofrasto
y son, en Estobeo,
lo mismo que el deseo
buscando un lugar vasto.

El estoico Zenón
con atención las mira
como impulso que gira
en la perturbación.

Mas en cambio Epicuro
las juzga, a su sabor,
negación del dolor
en un cálice puro.

Sus principios sintéticos
se hallan en la teoría
de la filosofía
de los peripatéticos.

No tienen nada nuevo
y, como siempre, son:
Sócrates en "Fedón"
y Platón en "Filebo".

Son como la semilla
que en el surco se pone
y, luego, descompone
y abre, tierra o arcilla.

Caen en el amplio cauce
de nuestra voluntad
con la paternidad
de las ramas del sauce.

No es fácil que recobre
Voluntad fuerza activa.
El placer es saliva
en el borde del sobre.

Huyen de los encierros,
penetran por los poros,
y acidulan los oros
endulzando los hierros.

Digo esto porque es ciencia
que agasaja al sentido
y entorpece el latido
de nuestra inteligencia.

En la inquietud total
explicándola caigo,
y, con Descartes, traigo
la *glándula pineal*.

Su soberana acción,
la potencia evidencia
y apresura la ausencia
clara de la razón.

Son el chiquillo, sabio
ladronzuelo y amigo,
que roba y muerde el higo
y se embadurna el labio.

Pues dejan un sabor
algo feliz o triste
que en todo ser existe
en su mundo interior.

Su fuerza es subjetiva,
pero a veces revive
de la luz que recibe
la figura objetiva.

Pasan por nuestra médula,
sobre el razonamiento,
y en nuestro sentimiento
son pasaporte o cédula.

Esclavitud del viejo
espíritu animal,
son a veces erial
visto por un espejo.

Hay en el hombre dos
tendencias en un plano:
el espíritu humano,
cuerpo, y el alma y Dios.

En el primero cabe
todo, y es la mujer
la mano que en el ser
da vueltas a una llave.

Después de ello, no queda
nada que se nos deje.
La pasión es el eje,
el instinto la rueda.

Y la mujer, florida
en la imaginación,
entra en el corazón
y se queda en la vida.

Pasiones y pasiones,
placeres y placeres.
Todos nacimos seres
y somos sensaciones.

El placer que nos dan
nuestra quietud se lleva.
Hemos nacido de Eva
y tornamos a Adán.

LA RAZON

Aquel hombre fuerte que un día
lleno de tristeza y sudor,
dejó la rueda que movía
el pulso trepidante del motor,
quiso su aspiración lograr,
pese al tiempo que nos aplasta,
y en el mismo lugar
donde el sudor mojó los hierros del trabajo
clavó su voluntad como un toro su asta
y, del cielo, fijó la mirada hacia abajo.

Satán amable y tentador
como lo pinta Goethe en "Fausto"
sobornando al doctor,
trayendo su holocausto
para el que se lamenta o el que sufre,
apareció en el resplandor
de una llama de azufre.

El hombre aquél mirólo apenas
supersticiosamente temeroso,

pero reconquistó el reposo
de sus nervios y de sus venas.

Tendió a Satán su mano fuerte,
mano de gladiador para Fidias florida,
y le dijo: Toma mi vida
pero apresura el tiempo y aléjame la muerte.

El Diablo que es psicólogo y buen observador
y sabe más filosofía
que un doctor de la Sorbona,
le dejó hablar en paz lleno de buen humor,
que el que calla y observa para sí mismo abona,
y le dijo al momento:
Acepto el compromiso que es un buen testamento.
Amigo, esta, mi mano, firma el pacto gustoso.
Y el hombre aquél hundió todo el puño calloso
en los dedos de fuego del señor del tormento.

Consiguió correr el calendario
arrancando las hojas una a una,
y cumplió así su itinerario
viendo un montón de días bajo la misma luna.
El hombre aquél bañado de una dulce sonrisa,
amontonó a su lado la ceniza
de los días y de los años,
de las tristezas y los desengaños.
Y se cumplió su aspiración
con la mecánica satánica
que es, en conjunto, una mecánica
de dinamos de irreflexión

y de maravillosa inconsciencia
como la que da el pantopón
y la que ofrece aquella ciencia
de paraísos de papel
que vió M. Charles Baudelaire
con su visión artificial,
en el placer,
en la inconsciencia y en el mal.

Mas he aquí que un día el hombre quiso,
a pocos pasos de la muerte,
cuando las vísceras no abonan
y las glándulas no funcionan
en el complejo mecanismo
humano, hacer retroceder
al tiempo como a un mercader
que se cobra su mercancía;
y así, a unos pasos del abismo
inescrutable como un pozo obscuro,
vió desfilar con ligereza al día
y al noble sol bajar inseguro.

Llamó a Satán temblando. Apareció el Demonio,
ese que llevó un día la tentación a Antonio
y a Panufcio, el anacoreta,
de la Tebaida de tragedia y de romance
que nos pintan Anatole France
y Flaubert. Venía sucio
de ceniza infernal, y en su mano traía
un tridente romano
enrojecido hasta la mano.

Satán dijo: No es éste, buen amigo, tu día.
Te apresuras en vano.
Sabes que el tiempo es oro
como dijo Morgan, el norteamericano.
Así, pues, habla presto que otro asunto me llama
y ya estoy harto de estos terminados enredos.
Al decir estas frases hizo chasquear los dedos.

El hombre miró al Diablo como una mujer mira
al amante de ayer que ríe y no suspira,
conseguido su objeto principal,
y la sorna del diablo le pareció tan mal,
que entristecido un poco y otro poco con miedo,
le suplicó muy quedo:
Vea, señor Satán: usted sabe muy bien,
(note el lector que ahora trata al Diablo de usted)
y estoy agradecido a su atención de un día,
que cuando lo llamé quería
apresurar la marcha del tiempo como quien
deshace una madeja. Yo en esa época era
un hombre ilusionado con proyectos y cosas
que me parecían milagrosas,
y la única manera
de realizarlas era — le vuelvo a repetir, —
borrando algunos años y yendo al porvenir
como saltando un pozo o una zanja.
Ahora viejo me apago tal como una cerilla,
y le suplico...
El Diablo se rascó la barbilla
y dijo: Este es el cuento del niño y la naranja.
Juega un poco con ella y la quiere comer;
le saca, pues, la cáscara y hace su gusto, pero
para seguir jugando, la pretende rehacer.
Amigo, en esta vida hay que ser más canchero.

Entonces... dijo el hombre. Y le contestó el diablo:
Presta atención un poco a lo que hablo:
Dum Scot hizo de la libertad
la primera de las facultades humanas
y Ockam aseguró la superioridad
de la intuición por la conciencia
tras la intuición de los sentidos.
En verdad, es la ciencia
de escuchar al espíritu y callar los o´dos.

La metafísica de la razón
en la materia organizada,
para tí seguro no es nada;
pero si has leído a Platón,
sabrás que es norma y forma
que la vida conforma
y le sirve de guía.
Pero tú me pareces un hombre como tantos
que, cansado de los quebrantos
y enfermo de melancolía,
te entregaste a Epicuro y rompiste con él
el miedo a los infiernos, el respeto a los dioses
y el temor a la muerte, para dar con los goces
que te ofrecía el mundo y este hombre, Luzbel.

Si algo versado hubieras sido en filosofías,
conociendo la tabla de las categorías
del juicio —doce, creo,— de Kant, casi seguro
te hubieras contentado con ser como eras, pero
los hombres nunca esperan que el fruto esté maduro
y lo comen ácido y amargo.
Es este apuro,

precisamente, una de las causas
que hacen al mundo mucho más grato y menos largo;
pero la madurez, amigo, de las pausas,
la firmeza de las esperas
es la que da los frutos y las flores
en los árboles de las primaveras
maravillosas de colores.

Volvió el Demonio a rascarse la barbilla
cual pillete nervioso que se hace cosquilla,
y continuó: No puedo hoy ofrecerte nada.
Tu fin se encuentra próximo y te espero con esa
paciencia que madura la fruta soleada
y da oro a la naranja y rubí a la cereza.

Y el hombre contestó: Tú, que tanto razonas,
ahora que me ves viejo
y a mi destino me abandonas,
¿por qué hace algunos años no me diste un consejo?

El Diablo se sonrió y le habló de este modo:
El interés no acepta consejo para todo.
Es la ley de Pitágoras.
Ayer, creo que ayer, he leído a Anaxágoras
y encontré un pensamiento que ahora te lo repito:
Dice que el hombre tiene mayor inteligéncia
que el animal, tan sólo por poseer las manos;
mas detrás de este escrito
está aquella teoría de Sócrates, el griego,
de mayor evidencia:
la inteligencia humana que no halló Parmenides

ni encontró Anaximandro, no es ni será el instinto
del animal,será la voz de la razón,
esa que la experiencia te ha puesto en lo que pides.
¿Tú la tuviste antes? No. Pues entonces calla.
Perdiste el alma en la batalla
y sé buen perdedor. Paga sin reflexión.

Y el hombre pobre y mísero, dijo: Tienes razón...

LA MUERTE

Después de andar, la muerte
pone punto final.
Es el juicio más fuerte
y más universal.

En la metempsicosis
halla razón Plotino;
mas la metamorfosis
es de origen divino.

Ferecides, maestro
de Pitágoras, es
creyente de que en nuestro
más allá existe un juez.

Y Heráclito sostiene
que el dios es inmortal
mientras el hombre tiene
privilegio intotal.

Pero en cambio Lucrecio
no acepta la amenaza

del más allá. El desprecio
da para él, y pasa.

Hagamos un concilio:
Zenón, Séneca, Cleanto.
(En "Cartas a Lucilio"
se hace a un lado el espanto).

Cristianos, resignados
miran la eternidad
con los ojos cerrados
de infinita verdad.

La resignación es,
para ellos, lo evidente,
la confianza tal vez,
en lo superviviente.

Juan Jacobo Rousseau,
teísta por excelencia,
la inmortalidad vió
más allá de la ciencia.

Y Kant cree que debemos
hacer el bien, sin ver
lo que siempre tememos
sin llegar a entender.

Dentro del mundo antiguo,
especialmente el griego,
la existencia era el fuego
a los Dioses contiguo.

Los romanos creían
en la gloria sagrada
y, sonrientes, caían
apretando la espada.

Los egipcios, atentos
a celestes visiones,
ponían alimentos
junto a sus faraones.

Homero vió en la herida
y en la boca del fuerte,
escaparse la vida
y penetrar la muerte.

Fatalismo infinito
tiene el árabe. Encierra
todo en "Estaba escrito";
y los párpados cierra.

En tribus africanas
y de la India, existen
creencias en Nirvanas
que más allá persisten.

Y en todo el Universo
el hombre en su extinción,
teme, bueno o perverso,
y suplica perdón.

Ley sabia cual ninguna
por su origen divino,
va a miseria y fortuna,
al rey y al campesino.

Y no respeta nada,
ni hijo, padre o esposo.
Es la mano callada
que conduce al reposo.

Y lleva la ventura
y el espíritu a Dios,
en una calentura
o en un poco de tos.

Su inmutabilidad
pasa y arrolla todo.
Da la inmortalidad
al alma, al cuerpo el lodo.

Salta la medicina
de Galeno, y se mete
en la carne y la mina.
Gata con un juguete.

Como juicio final,
es siempre inapelable
en el bien y en el mal,
el bueno y el culpable.

Las lágrimas no mira
ni contempla el dolor,
y eternamente gira
a nuestro alrededor.

Espada de Damocles
suspendida en un hilo,
se mueve en Empedocles
y Tales, con sigilo.

Ella corta a su antojo
los destinos humanos
y da con el despojo
vida a muchos gusanos.

¿Más desprecio se puede
pedir respecto al mundo,
hacer de lo que cede
a la acción, resto inmundo,

y dar con ello vida
a gusanos hambrientos
de belleza florida
y de grandes talentos?

LA LOCURA Y EL AMOR [1]

Locura y el amor
juntos iban felices
por lugares remotos,
por lejanos países.

Inseparablemente
como hermanos gemelos,
seguíanse uno al otro
confiados, sin recelos.

La una era ebriedad,
vértigo y alegría,
y el otro emoción tierna,
dulzor, melancolía.

Sátiro y ninfa, dábanse
a entrar al bosque griego
donde en la hierba asoma
el puntillo de fuego.

Saltaban por los campos,
aromados, floridos

(1) Referencia a una fábula de Louise Labé, que imitó La Fontaine.

y asomaban sus ojos
pícaros en los nidos.

Conocían el jugo
de la uva y la fresa
y la miel ambarina
de la abeja traviesa.

Bordeaban las orillas
de azules arroyuelos
cuyas aguas copiaban
la calma de los cielos.

Corría la Locura
y el Amor iba tras
ella, cual tras la cabra
el cabritillo audaz.

Pero más reflexivo
éste que aquélla, oía
la voz de la prudencia
que a veces le decía:

Calma, Amor, calma ten,
no te embriagues el alma.
Pesa placer. Más que él,
pesan conciencia y calma.

En cambio la Locura,
ruidosa, irreflexiva,
como un trompo giraba
y como el tiempo iba.

Pero, a pesar de ello,
vivían juntos los

dos seres, y eran uno
siendo, en realidad dos.

Y cruzaban la tierra
como dos peregrinos
que dejan cuatro huellas
en los mismos caminos.

A veces la Locura,
ávida de inconsciencia,
dibujaba en el aire
las claves de su ciencia.

Se acercaba al Amor
y le hablaba al oído;
pero el Amor con algo
de temor renacido,

movía la cabeza
en forma negativa
junto a la mueca de
la boca insinuativa.

Y la Locura, torpe,
pegaba con el pie
contra el suelo, y mordíase
los puños. Fuera de

estos turbios instantes
se entendían tan bien
que no se interpretaba
en todo ello un desdén.

Y cuando se quedaban
rendidos de fatiga,
doblaban las cabezas
lo mismo que una espiga.

Y juntos reposaban,
asidos de las manos
como dos peregrinos
o como dos hermanos.

Un día la Locura
se despertó sombría.
Obscuro pensamiento
su interior revolvía.

No corrió como siempre,
ni danzó en la campiña.
Fué la bestia peluda;
dejó de ser la niña.

Enrojecidos ojos,
verde espuma en la boca,
despeinado el cabello,
loca del todo, loca.

Acercóse al Amor.
que la miró espantado
y lo tomó en sus brazos.
Así triunfó el pecado.

Luego, llena de furia,
hundió sus dedos rojos
en el encanto ingenuo
de los azules ojos.

El Amor lanzó un grito
de angustioso terror
y ciego, vió borrarse
todo su alrededor.

A tientas dió unos pasos
dentro la noche obscura,
inmensamente negra,
preñada de pavura.

La Locura tembló.
Sus manos se crisparon
como jamás. Doblóse
y sus ojos lloraron.

Se sonrió Satanás;
y desde entonces por
los siglos de los siglos,
Lazarillo y dolor,

la Locura llevó
por el dominio humano,
la tristeza en los ojos
y al Amor de la mano.

LA MUERTE DE LOS DIOSES

Tristemente, en la Acrópolis que baña el cielo griego
junto al bosque de olivos musicales, los Dioses
miran morir el fuego
sagrado que soplaron los siglos inmortales
y alimentaron las vestales
con sus manos bañadas de pureza.

Caen maravillosos de belleza,
envueltos en sus túnicas doradas
con las manos floridas y musicalizadas
y los ojos dormidos y llenos de tristeza.

Revestidos de la resignación
que da la comprensión
de haber llenado su misión,
saben que el eje exacto de los siglos se ha roto
y que el tiempo, que todo lo renueva,
ha penetrado en ellos y ha deshecho lo ignoto
enseñando a los hombres otra vida más nueva.

La inmortal poesía
que nació de la teología
y envolvió sus orígenes eternos como el mundo,
dió paso a la sabiduría.
La reflexión tembló un segundo
junto al mito divino;
en cada origen vió un obstáculo,
y agitando las rosas nevadas del camino
miró caer los pétalos
y quedar los ovarios desnudos. El oráculo,
sabio y vidente, entonces adivinó el destino
y anticipó a los Dioses el funesto espectáculo.

Los pastores de Grecia, los pastores
de las sierras helénicas que la gloria eterniza,
y los vendimiadores
que llenaron de ofrendas a Dionisos, entornan
sus puertas. Sopla el viento y riza
la hierba de los valles de la Hélade. Pasa
sobre los viejos templos un hálito de muerte
que atenacea al dolor que se acoraza
y se hace fuerte.
Y todo se derrumba
bajo la espectativa solemne de los astros:
mármoles, alabastros,
oros, óniques, hierros, basaltos y marfiles,
mientras el viento pasa y zumba
sobre montes severos y prados juveniles.

Y ese hálito de muerte que penetra en los bosques
y se hunde en el silencio hosco de la montaña
va extendiendo su telaraña.

letal por Roma augusta, dueña del Universo,
Babilonia, la altiva, Persia, la luminosa,
Siracusa, en el mar azul, la perla rosa,
Escandinavia de hierro, país ignoto,
y el Nilo melodioso como un verso,
y poético como un loto.

Por todas partes ruedan los altares sagrados
donde sacrificaron los sacerdotes, bueyes
y nevados corderos. Los mármoles manchados
caen sacudidos por ocultas leyes,
y en medio del fragor del escombro divino,
lejos, se escucha bien
un grito que se extiende como el mismo destino:
¡Jerusalén, Jerusalén!

Fué en realidad vano
el noble impulso de Juliano.
Zeus lo comprendió con esa angustia
que pone arrugas en la frente
y la torna pálida y mustia.
¡Era ya demasiado tarde! La fantasía
de los poetas del Oriente
y los aedas de la altiva Atenas,
debilitó la poesía,
dió paso a la filosofía
y ésta, grave y desnuda, abrió a aquélla las venas.

No volverá el Olimpo a llenarse de músicas,
ni de voces magníficas, ni de fiestas sonoras.
Venus no volcará sus sonrisas auroras,

Apolo no alzará su canto como Orfeo;
y en cambio, rugirá en la roca
donde la ruda ola choca
con la piedra, el dolor, un hombre: Prometeo.

Caen los últimos Dioses. Zeus también se inclina
como el tronco tronchado por el hacha asesina.
Su mirada contempla una vez más el mundo,
luego entorna los párpados,
dolorido de lo que ha visto,
y dejando caer los brazos con profundo
pesar y desaliento, dice: ¡Venciste, Cristo!

EL PASO DEL MAR ROJO

Moisés y el pueblo errante paráronse ante el mar.
La nieve de la barba del viejo le caía
majestuosa en el pecho. Lejos, claro se oía
el ruido del ejército de Faraón. Crecía
con el rumor del mar y el inmenso clamor
del pueblo de Israel. El imponente viejo,
solemne alzó la mano y dijo sin temor,
a modo de consejo:

¡Israel, Israel! Luchemos con los dioses
de Egipto. Venceremos y encontrarás los goces
del hogar libre bajo la piedad del Señor.
Mas ten fe en el Supremo una vez y otra vez,
y verás a los dioses poderosos del Nilo
caer, rodar y partirse. Permanece tranquilo
y no temas al Rey.

La mano de Moisés
se tendió sobre el mar y, ¡oh, milagro celeste!
sopló un potente viento del Oeste
y las aguas se abrieron mansas, formando calle.

Moisés penetró en ella y, confiado, tras él,
el pueblo de Israel.

Cuando el omnipotente Faraón
llegó con sus ejércitos de hierro,
tronó frente al Mar Rojo con exasperación:
Viejo mágico y perro,
ganaste una partida, pero la otra queda.
Mis Dioses vencerán a tu Dios...
Y la rueda
se movió; silbó el látigo sobre la fuerte anca
del caballo de guerra; rodó el potente carro
penetrando en la arena y en el barro
del Mar Rojo. Infló el viento
una vez más la túnica blanca
del amo; y el ejército a un solo movimiento
tras él penetró ciego en el mar separado.

Mas el dios de Israel juntó el agua. Los dioses
de Egipto levantaron iracundos sus voces;
pero una voluntad más fuerte,
un poder más supremo y afianzado,
calló las voces y acercó la muerte.

Faraón altanero, pálido, debatióse
en medio de las olas. Brilló en su frente augusta
el ureus simbólico. Lleno de odio, volvióse
hacia el cielo, esgrimiendo todavía la fusta,
desafiante en la crispación del puño recio;
arrojó un latigazo al espacio, lo mismo

que dirigido a Dios, y se hundió en el abismo,
brillante de desprecio.

Moisés, buen viejo sabio que compusiste tablas
y que aun hoy a tus fieles con sabiduría hablas,
la fé pudo librarte y a tu pueblo librar
de la esclavitud, pero sin llegar a matar.

LOS BARBAROS

¡Los bárbaros, los bárbaros, los bárbaros!
Vienen del Norte, sigilosos,
cubiertos con pieles de osos.

Son los hombres del bosque y la montaña
de la orilla del Báltico. Los baña
el odio sanguinario. En sus puños tostados,
se mueven amenazadores
los poderosos hierros oxidados,
húmedos de la sangre de las fieras
cuyas entrañas tibias hicieron sus mejores
cenas. Son los salvajes del Norte misterioso
que vencen con los puños a las garras del oso.

Hirsutos, con el cuello de toro,
ásperos en sus risas de jauría
y con el pecho atlético y la frente sombría
cubiertos de correas, esos fieros
hombres arrasan los graneros,

saquean las ciudades, aplastando las leyes,
y se llevan tras de ellos mujeres, oro y bueyes.
El incendio es su fiesta y la muerte, a su paso,
alarga, ágil, las manos cuando elevan el brazo.

¡Alerta, Roma! Agita tus crines, Loba fiera,
que un negro viento de odio lanza el Norte lejano
a tus siete colinas. Sacude tu cimera,
César, y extiende el hierro más allá de la mano.

LOS CESARES

Bajo la púrpura del manto,
sobre los carros trepidantes,
pasan los Césares romanos,
invencibles y fulgurantes.

Hijos de Rómulo, esos hombres
que la guerra sangrienta arroba,
llevan el sello de los montes
en el símbolo de la Loba.

Tras sus penachos, las legiones
avanzan ciegas, sin espanto,
como cachorros cuyas voces
inflan la púrpura del manto.

Cruzan los mares sus navíos,
llegan al Africa insolente,
y van llevando los destinos
de Roma a cada continente.

Nada detiene a esos señores
que en todas partes hallan solio
al crispar el puño de bronce
desde lo alto del Capitolio.

Sus ejércitos invencibles
donde la Loba, altiva, asoma
su cabeza feroz y triste,
claman: ¡Roma triunfante, Roma!

Reinos e imperios caen de pronto
como columnas de cristal,
mientras un galope de potros
se oye en la vida universal.

Y los Césares, taciturnos
en sus carros, alzan la mano
y, tras ella, arrastran al mundo
como a la paloma el milano.

En la tierra donde relinchan
sus caballos, abre las alas
la Victoria, halcón que avecina
la sonrisa dura de Palas.

Ni el Cartaginés los detiene,
ni Egipto los derrota en Accio.
Todo el mundo les pertenece:
tierras, mares, hombres y espacio.

Son los Césares, el poder
conquistador y omnipotente.
Llevan el laurel en la sien
y el águila adorna su frente.

Soberbios y fastuosos pasan
con el trueno de las legiones.
Sus miradas, fijas, se clavan
en las más remotas regiones.

Y la muerte, humilde, los deja
pasar. La muerte se hace a un lado
suspirando suave: ¡Ave, César!
Y pasa el manto purpurado.

LAS PIRAMIDES

Hijos del Sol, ¡oh hijos de la tierra de Kham!
soberbios en sus tronos recamados de oro
que miraron los Ibis junto al Nilo sonoro
conversar con los Dioses que ya no volverán.

Vuelo en el vuelo mágico de la imaginación
a Menfis, la soberbia, y a Tebas, la grandiosa,
a poner en las tumbas sagradas una rosa
y en los templos desiertos un poco de emoción.

Allí donde atraviesa veloz el kabileño
sobre la arena rubia que adorna la palmera,
mi pensamiento quédase, con respeto, a la espera
de la revelación luminosa del sueño.

Cruza el hondo silencio de esas viejas regiones
la visión de los cultos del Sol, padre del mundo
y la imaginación se detiene un segundo
y se arrodilla, débil, frente a los Faraones.

Penetra con unción en los templos en ruina,
observa al obelisco y a la esfinge callada,
y luego pone toda la vida en la mirada
cuando hacia el corazón de Egipto se encamina.

Asombrado detiénese. Allí donde las clámides
del sol caen en la arena y la cubren de oro,
entra una sensación de frío en cada poro.
Se elevan, como cíclopes de piedra, las Pirámides.

Moles que el hombre hizo hace miles de años
amontonando piedra tras piedra con la vida,
mientras el Faraón con su mano florida
dirigía, sonriendo, los humanos rebaños.

Obras de la constancia y la egipcia altivez
cuyas puntas de piedra desafían la altura,
son, celosas y graves, la noble sepultura
de aquellos semidioses de bronceada tez.

Mas como tumbas fueron violentadas a veces
por la pica insolente de algunos egiptólogos,
el instinto sacrílego que poseen los arqueólogos
y la curiosidad de los Lores ingleses.

Ellas vieron los siglos desfilar, las edades
caer, hombres y reyes morir, y, a pesar de ello,
se mantuvieron firmes y graves como aquello
que sobrevive a pueblos, costumbres y ciudades.

El Egipto fué pasto de persas y romanos
tras el viento de muerte que todavía sopla,

y los emperadores que dió Constantinopla,
hicieron sus destinos divinos, más humanos.

Mas los conquistadores, a los que nada arredra
y pasan sobre el mundo como sobre una alfombra,
viendo, ante las Pirámides, que éstas les hacían sombra,
detuvieron el gesto vencedor en la piedra.

Cien mil hombres moviéndose treinta años para hacer
la de Cheops. Un pueblo levantando una obra
que a través de los siglos su potencia recobra
y asume una grandeza que hace palidecer.

Así las de Medun, Abusir y Sakkara,
la que alzó Mycerino, la que elevó Sahura
yendo al corazón de las canteras de Tura
lo mismo que Chefren y Amen-m-ha por Hawara.

Gireh guarda a Khufir de Tifón infernal
con el escarabajo y con la flor del loto.
Frente a ella, los ojos ávidos de Herodoto
leyeron el secreto de la vida inmortal.

Sopla el viento de Libia el arenal dorado
y la sombra de Pepi, Merenra y Ne-user-Ra,
bajo el manto simbólico prolongándose va
por el desierto rubio y el Nilo perfumado.

Mas para uno solo la Pirámide augusta
no ofreció su refugio ni atesoró el despojo:
para aquel Faraón que se hundió en el Mar Rojo
soberbio como un dios, esgrimiendo su fusta,

LA RESPUESTA DE CRISTO [1]

Cristo, aquel caminante pálido de soñar
que no hacía otra cosa que amar y perdonar;
Cristo el hombre perfecto y misericordioso,
sostén del miserable y amparo del leproso,
cuya voz suave y dulce que la pureza baña
oyeron los apóstoles al pie de la montaña,
Cristo, clavado sobre una cruz, languidece,
y la conciencia humana, a su lado, anochece.

El, que dió a manos llenas sus bienes celestiales
y curó a los enfermos y separó los males,
él, que enseñó la más noble filosofía,
paga ahora, el tributo a la humana jauría.

Los lobos despertaron, y el instinto feroz
se asomó a sus mandíbulas contra el hijo de Dios.
Castañearon los dientes agudos; el olfato
se dilató en el aire como algo propio y nato.

(1) En esta y las poesías siguientes: "Alejandro", "Atila" y "Las siete maravillas del mundo", el autor ha querido correlacionar, dentro de la acción del hombre, la Bondad, el Poder, la Crueldad y la Obra.

Desnudaron las uñas, lobos-hombres al fin,
paladearon la presa, levantaron la crin
y se precipitaron sobre Cristo, lo mismo
que poseídos de criminal sensualismo.

Y Cristo, el hombre bueno, fué así crucificado
sin cometer error y sin tener un pecado,
salvo que la bondad fuera para sus jueces
un crimen digno de castigarlo cien veces.

Ya en la cruz, el demiurgo y mártir, recostó
la frente ensangrentada sobre el madero. Habló
hora tras hora al mundo. Lo perdonó y bendijo,
y entre otras cosas, estas nobles palabras dijo:

Hombres, la vida es corta y pocos la aprovechan;
unos como residuos lustros de años echan
al fastidio o al ocio; otros, los más, la ven
en el placer, que es siempre la negación del bien.
Si algún día pesárais en la misma balanza
el bien o el mal, o sea la limosna o la lanza,
tened por bien seguro, y no me maravillo,
que ésta pesará más que el liviano pancillo.

Queréis el bienestar y ambicionáis el cielo,
y pobres mercaderes, os repartís el suelo
luchando como fieras y esgrimiendo en la mano
el hierro que atraviesa el pecho del hermano.

El dinero es peor que el hueso en el hocico
del perro. Si sois pobres, queréis oro del rico;
si sois ricos, queréis la paz dulce del pobre.
Es necesario obrar con bondad para que obre

la justicia divina en vuestro propio bien.
No contempléis al mísero con desprecio o desdén;
extendedle la mano, amadlo como a hermano
y sacad del granero para él aunque sea un grano.

Quiero haceros creer que no debéis amar
a Dios por el temor. Dejáos de pensar
en la muerte infinita y en los infiernos hoscos
poblados de diablillos fantásticos y toscos.
Debéis amar a Dios, sin egoísmo, pura
y noblemente, haciendo bien como levadura,
ayudando al caído, brindando agua al sediento,
protegiendo a los débiles, dando pan al hambriento.
En esta forma, sí seréis dignos del cielo
y de la celestial misericordia. Anhelo
veros, hermanos míos, amándoos los unos
a los otros, comiendo del mismo pan; algunos
levantando al caído; otros dando bondad
como vertiendo un cántaro de espiritualidad,
o ya ofreciendo amparo al enfermo, al vencido,
consejo al desgraciado y amor al dolorido.

Es así, hermanos míos, cómo podéis estar
contentos de vosotros. Así debéis pensar
en la gracia del cielo y en la bondad de Dios.
Sed al revés, hermanos: un hombre para dos.

Un hombre que escuchaba a un paso de María,
levantó la mirada hacia Cristo. Venía
de una ciudad lejana. Ese hombre habló así:
Señor, vuestras palabras profundamente oí.
Sois en verdad un ser, sabio, noble y sereno,
con un poco de tonto por ser todo de bueno.

Si el hombre, por hacer la caridad, se olvida
de sí mismo, ¿quién cuida, oh Señor, de su vida?
Si uno no labra su bienestar y fortuna
y permanece pobre, mísero, sin ninguna
satisfacción moral o material, ¿el cielo
le lleva el pan y el trozo de carne? Yo no anhelo
francamente, Señor, llegar a esa aflicción.
Debo cuidar mi vida y hasta mi corazón,
porque el cielo no manda más que lluvias, y a veces,
se hacen rogar bastante. Digan sino, las mieses.

Por otra parte opino con mucho de tristeza,
que si sembrando el bien, nuestra vida tropieza
con el malvado y halla el pago generoso
que encontrastéis, Señor: un juez maravilloso
que se lava las manos, una cruz de calvario,
un lanzazo, la burla del pueblo tributario
de Dios, una corona de espinas y el dolor,
el inmenso dolor moral, creo, Señor,
que es mejor preocuparse por la vida y el sueño,
que aspirar a ser bueno para encontrar tu leño.

Cristo escuchó callado. La cabeza inclinó,
pero el hombre no pudo ver si asintió o negó.

ALEJANDRO

Si el poder de los hombres se ilimita en el mundo,
si abarca como un fuerte cinturón los poderes,
él se halló en Alejandro mejor que en otros seres
y fué más verdadero, más real y profundo.

Ese hijo elegido de la gran Macedonia,
estudioso de versos y de filosofía,
joven aun, llegó a conquistar un día,
el mundo: Egipto, India y Persia y Babilonia.

El, que llevó en su tienda los libros de Platón,
Sócrates y Aristóteles, que abrió en horas serenas,
proyectó el pensamiento luminoso de Atenas
en los pueblos sin luces de civilización.

De los conquistadores, es quizás el primero
pues su conquista humana tiene algo de divino.
El supo colocar el diamante en el vino
y manejar la espada mientras leía a Homero.

Como un dios, en su tienda se cubría de rosas
y recordaba a Ayax, Patroclo, Héctor y Aquiles.

Sus manos sumergíanse en oros y marfiles:
eran manos de niño, blancas y luminosas.

Mas cuando se crispaban, hasta sus capitanes
palidecían. Era, de pronto, en un segundo,
el amo poderoso que dominaba el mundo
desde su pensamiento, desde sus ademanes.

Fué un trueno perfumado que se extendió. Su paso
escucharon los dioses indos con extrañeza,
y más de uno asomó, curioso, la cabeza,
y la escondió, asombrado, en su propio regazo.

Por eso, cuando un día se borró su horizonte
y la voz de la vida apagó su armonía,
hubo alguien que pensó, lleno de poesía.
hacer una estatua con un oloroso monte.

ATILA

Atila, rey sombrío, emperador del Norte
que tiene como heraldo al trueno y como corte
los salvajes del Báltico; Atila cuya mano
es una maldición para el dominio humano;
él, que arrasa ciudades y pueblos de la tierra
donde relincha alegre su caballo de guerra;
Atila, pensativo y como un oso fuerte,
está triste y, por eso, más cerca de la muerte.

El, que llevó sus hunos rudos como un ciclón
por los pueblos henchidos de civilización
y azotó con su látigo los rebaños de Cristo,
medita en lo fatal que nunca está previsto.

Sentado sobre un trozo de piedra, con la espada
escarba las raíces de la hierba mojada,
involuntariamente, casi inconscientemene.
Un hondo pensamiento, al cruzar por su frente,
le hace fruncir el ceño e inclinar la cabeza
como hace el viento con un poco de maleza.

Cerca de él, las alegres hogueras de los hunos
chisporrotean rojas. Bhaga-Bog y Perkunos
se mueven en la sombra. Mas todo el pensamiento
está en Dios. Y el rey bárbaro, en su ensimismamiento,
se sumerge en el alma; y, por primera vez,
pásale una expresión de bondad por la tez.
Suelta la vieja espada y se lleva la mano
a la frente. Un cordero guarda todo tirano.

o

LAS SIETE MARAVILLAS DEL MUNDO

LOS JARDINES DE BABILONIA

En la ciudad pagana, los jardines colgantes
y las murallas, se alzan desafiando los años.
Semíramis soberbia, las pupilas brillantes
clava en los sudorosos hombros de sus rebaños.

PIRAMIDES

Pasaron seis mil años y existen todavía
las inmensas Pirámides de la tierra del Nilo.
El hombre, después de eso, puede morir tranquilo:
su obra vive a pesar de llegarle su día.

EL SEPULCRO DEL REY MAUSOLO

El amor de Artemisa, en la existencia tierno,
se hizo en la muerte firme y los siglos traspuso.
Ella glorificó su amor y lo hizo eterno.
Sobre el sepulcro, el tiempo su mano amable puso.

TEMPLO DE DIANA

Diana, la luminosa cazadora, en Efeso,
halló un templo soberbio como jamás tuviera.
Mas he aquí que la obra de arte, imperecedera,
encontró su derrumbe en un hombre sin seso.

EL COLOSO DE RODAS

Cuando Ceres de Lindo hizo el coloso en Rodas,
refiere la leyenda que Apolo, agradecido,
mandó sobre su frente el rayo más florido
y festejó su estatua como Venus sus bodas.

EL FARO DE ALEJANDRIA

Frente a Pharos, la obra mayor de Tolomeo,
derramó su esplendor al terminar el día,
y guió a los navegantes con esa cortesía
de las constelaciones de las Osas y Leo.

LA ESTATUA DE JUPITER OLIMPICO

Si Júpiter no hubiera sido potente y grande,
bastaría la obra de Fidias para hacerlo
Ella a través de siglos y de siglos se expande
mientras el dios se va borrando sin saberlo.

RENACIMIENTO

Muertos los Dioses, el Olimpo mudo,
Roma callada en su esplendor pagano,
colgado en la pared el fuerte escudo
de César, pasa el hombre por la frente la mano.

Es la propagación del espíritu. Tiende
a reconquistar toda la cultura perdida,
y un largo vuelo emprende
por el más puro espacio de la vida.

El pensamiento inicia apenas
su acción, y ya se alumbran de armonía,
el espectro de Atenas
y el cadáver de lirios y sol de Alejandría.

Es el Renacimiento, el renacer
del alma, de las artes, de la idea.
Su poderosa tea
hace palidecer
el resplandor del lívido relámpago de guerra
que ilumina la tierra.

Hay una pausa lírica, puramente interior:
Cerebro, planta, y alma, vaso, brindan su flor.

Vemos después del gran interrogante,
la potencia que todo abarca
en el pensamiento de Dante
y en el lirismo de Petrarca.
Uno con su *Divina Comedia,* cuya esencia
nace en Virgilio, hace inmortal a Florencia;
el otro da su *Canzoniere* y suma
al arte la emoción que suaviza y perfuma.

Junto a ellos Boccacio,
algo epicúreo, apura
la vida más despacio
y con menos cordura.

Todos, Papas y príncipes, legos y comerciantes,
dan impulso a la obra que hace a Italia armoniosa
y muestra al mundo el alma rodeada de diamantes
y adormecida sobre una hoja de rosa.

Médicis el primero. El extiende su mano
tan generosa como la del Dux Loredano.
Hércules en Ferrara apresura el latido
que lleva el pensamiento creador y florido;
y lo mismo Aragón en Nápoles, Gonzaga
en Mántua, la sapiente; y no quedan en zaga
Urbino, Pío II, León X, Colonna
y Besarión, el cardenal de la Madonna.

El espíritu crece elástico, se extiende
ágil cada vez más maravilloso. Tiende

a abarcar la sublime fuerza que se desflora
en el fecundo siglo de Pericles. La hora
máxima de su fresco rejuvenecimiento,
de su ingenio y su gracia, ha llegado. El talento
crece, se multiplica, se encuentra en toda parte.
Pasa sobre los hombres un perfume de arte
que se dilata y entra al fondo de la vida.
para hacerla más útil y envolverla florida.

Y así Poggio y De Vegio, Feltre, Taso, Ficino
y Ariosto, que vencido por la emoción celeste,
puso los pensamientos de su genio divino
en las manos nevadas de la princesa de Este.

Aun el crimen no es torpe. Malatesta es el mal;
pero cita a Petrarca al hundir su puñal.
César Borgia, del modo que hacía Olivereto,
da veneno y recita, al brindarlo, un soneto.
Y Orsini pone junto a la flor obsequiada,
la mortal punta de la daga envenenada.

Y el arte va extendiéndose Miguel Angel se asoma
como el Dios de la piedra. Es la mano que doma
el mármol, le da forma, lo estiliza y al fin
lo hace Moisés. El mármol siente su crispación,
pero sucumbe al genio y da la creación.

Rafael y Leonardo. ¡Vinci! Su nombre, sólo
su nombre, encierra todo el resplandor de Apolo.
El hace renacer los Dioses de Juliano;
un largo soplo olímpico se escapa de su mano
mientras su pensamiento cava y vuela con gracia.
Es el talento puro que resucita a Atenas,

pues lleva la simiente de Atenas en las venas
y en el cerebro el siglo luminoso de Aspasia.

Así en Italia un día, fastuosos y sonoros,
renacieron los Dioses de la Hélade augusta;
y mármoles y bronces, lienzos, flores y oros,
se bañaron del soplo divino. Era la justa
compensación del mundo hacia el esplendor griego.
De nuevo fulguraron los astros de la vida,
y los Dioses soñaron junto al sagrado fuego
en la gloria encontrada tras la gloria perdida.

METEMPSICOSIS

Mi espíritu que ronda
a veces, mientras duermo, por ese mundo abstracto
en el que el pensamiento por más que hace y se ahonda,
no encuentra el raciocinio más que preciso, exacto,
disparóse del cuerpo quintaesenciado, presto,
bien resuelto y dispuesto
a violar el secreto de Plutón, en la cueva
profunda y misteriosa donde el barquero lleva
las almas, una vez que se apaga la arteria
y se desprende el soplo que anima a la materia.

Mi espíritu curioso, con esa picardía
que hace al hombre psicólogo,
escrutador, fisiólogo,
siempre con un final preconcebido,
de encontrar el misterio que lo guía
y al que debe su origen, fué ese día,
a escondidas de mi voluntad, precavido
de cualquier emergencia, a la sombra absoluta
donde la eternidad con la gloria disputa
y terminan los ojos de la filosofía.

El barquero del reino del silencio, confiado
y amable como siempre, previo pago en dinero,
le dió un puesto en su barca. Remó el endemoniado
y lúgubre barquero
hasta que llegó al reino. Pronto salió Cerbero;
lo olfateó, movió el rabo y lo dejó pasar.
Mi espíritu se hallaba tan dispuesto a observar,
que notó la mirada del Cancerbero astuto,
y pagó su tributo.

Entró en el negro reino. Vió hornallas encendidas,
y ruedas de tormento,
seres encadenados llenos de sufrimiento
y otros apantallando, con las manos heridas,
los hornos del infierno. Plutón salió de adentro
y se vino a su encuentro.

Mirólo. Le agradó quizás su aspecto y dijo:
Tú debes ser, de fijo,
un poco audaz y algo inteligente.
¿Quién eres y qué sabes?
Y haciendo esta pregunta hizo sonar las llaves.

Contestóle mi espíritu: Señor Plutón, apenas
si soy un pobre ser que por hados adversos
sólo sabe hacer versos.

Eso me agrada — dijo pensativo Plutón, —
y desde este momento al lado mío llenas

una función de mucha confianza. Necesito,
te explicaré, un bufón
versado en cosas bellas, alegre y erudito.
¿Te conviene el empleo? Mi espíritu en seguida
le respondió: Señor, eso es siempre la vida.
Acepto muy honrado y desde este momento
os escribiré versos u os referiré un cuento.

Plutón sonrióse apenas y dijo: No te asombre
mi perspicacia al verte. Conozco bien al hombre
pues soy observador
y catedrático en psicología.
No hay duda que esta es una ciencia mayor
que la física y que la poesía.

Sé bien su evolución de los tiempos de Tales,
en los que el alma era un soplo que salía
por la herida o la boca,
hasta la concepción de Protágoras, que
miró a la inteligencia con esa noble fe
que hizo de ella la eterna medida de las cosas.
En el templo de Delfos se leía en las losas
esta inscripción que cita Sócrates a Entidemo:
Conócete a ti mismo. Lo leí en Jenofonte.
Es una bella frase que abre un gran horizonte
a la visualidad espiritual y brinda
al alma el auto-análisis. Platón hace en *Fedón*
una separación
del alma y la materia, y una de otra deslinda.
En cambio en la *República* divide el alma en tres

partes: una es el pecho, otra el vientre y la última
la cabeza. Teoría que, tú ves,
es bastante atrevida.

La concepción del alma del mundo, de la vida
interior que señala en *Timeo*, Platón,
e interpretan más tarde Bernardo de Chastrés
y Guillermo de Conches, es la definición
fundamental y pura de un problema profundo
que hunde su mano aguda en el seno del mundo.
Así Auvernia distingue la espiritual teoría
separando la física de la psicología.
Y Descartes exclama:
Corgito, ergo sum en sus "Meditaciones"
que le han dado bastante fama
muy a pesar de las acotaciones.
Mas hoy aun es posible que el dominio se ensanche
y la ciencia experimental de Malebranche ,
que es la transformación de la psicología,
sea algo deductivo en Espinosa
que funda su teoría
en la reflexión honda, y asociación en Hume,
el asociacionista que resume
todo en la ciencia psíquica. Pues bien,
al historiarte esto, lo hago sólo y sencillamente por demostrarte mi afición y también
la erudición que tengo de esa materia pura
que hace al hombre estudioso del hombre y maravilla
a la misma razón por su propia cordura.

Plutón tocó un platillo con sus llaves. Un ser
contrahecho y burlesco apareció a su lado,

y el amo interrogóle: Creo que debe haber
en mi despacho un lote de libros, regalado
por el amigo Marte. ¿Están aún ahí?
Y el contrahecho grave, le respondió que sí.

Bueno — dijo Plutón dirigiéndose a mi alma, —
ya que eres estudioso, aquí no tendrás tedio
y hallarás el remedio
que cura ocios y holgazanerías.
Platón, Séneca, Sócrates, Empedocles y Hesiodo,
Heraclio y Aristóteles, Lucrecio y Cicerón,
Onomácrito, Tales, Diógenes y Pirrôn
y otros más. Sobre todo,
te aconsejo que leas a Epicuro. Me huele
bien ese buen consocio; y no es porque recele
de los demás: lo digo porque Epicuro es
amigo del placer, que es también a su vez,
un colaborador activo y consecuente.

Mi espíritu sonrióse. Es algo inteligente
e interpretó a Plutón que se frotó los dedos
con la satisfacción del judío que hace
un negocio perfecto. Después, Plutón llevólo
a visitar la casa, grande, cómoda, llena
de cosillas curiosas, y a la hora de la cena,
palmoteándolo, lo dejó solo.

No me dijo el espíritu cómo hizo para huir
ni mi clarividencia lo llegó a concebir,
pero con el temor de quedarme sin él
o de que me sea infiel,

no me he vuelto a acostar con las puertas abiertas,
y, lo primero que hago, es cerrar bien las puertas.

Ahora, después de algunos días de reflexión,
me hago esta deducción:
si Plutón es un ser psicológico y sapiente,
astuto, perspicaz e inteligente,
de pensamiento ágil y comprensión serena,
¿cómo hay gente en el mundo que permanece buena?

EPÍSTOLA DE SÓCRATES A KANT

Amigo Kant: el curso del mundo es tan diverso,
ha transformado tanto el tiempo al Universo,
tan grande es hoy la acción del hombre, el dinamismo
del Orbe, que apartando al silencio lo mismo
que un desterrado, vuelvo a contemplar la vida
firme a pesar de ser por siglos sacudida.

Maravillosa fuerza la del hombre, potencia,
organización, obra, visión, inteligencia,
mecanismo y substancia. En él, férreo, se encierra
el principio más fecundante de la tierra.

Mas a pesar de todo la moral no ha cambiado.
Las ideas son siempre las mismas. El pecado
tentador, ofreciéndose como en la Biblia, existe,
y el hombre victorioso se muestra a veces triste.
El crimen, la crueldad, abundan. Ni los reyes,
ni el cadalso, ni el peso exacto de las leyes,
detienen la tormenta de pasiones monstruosas
que ponen piojos, larvas y estiércol en las rosas.

En vano el alma invoca a los Dioses. Los Dioses
se ven, en los poetas, dedicados a goces
haciendo libaciones y recibiendo ofrendas
en los templos de mármol y en las floridas sendas.
No hay un guía absoluto, un juez. El crimen ruge
y el silencio responde. El templo del bien cruge;
la fusta del malvado silba; triunfa la farsa;
suplica la inocencia y pasa la comparsa.

Dioses, libros sagrados, santos predicadores...
¡Bah! El Caos es anterior a estos buenos señores
y a esos viejos libracos nutridos de polilla
que inventan la substancia y transforman la arcilla
en el hombre. Ese Caos donde nadie penetra,
es el abecedario sin su primera letra.

Dirás que soy escéptico; mas a fuerza de ver
y analizar las cosas, hoy llego a comprender
que el mito o la ficción donde todo varía
es la invención mayor que dió la poesía (1).

(1) El tonel de las hijas de Dánao. La costilla
de Adán, según la Biblia, y el hombre hecho de arcilla.
Medea destrozando sus hijos y su hermano.
(Séneca). Circe mágica (ver Homero y Luciano),
Dionisos encerrado en el muslo de Zeus,
(Eurípides, "Bacantes") Chebren dando al "ureus"
personalización. (Lee a Herodoto). La encina
dando una mujer muda que es amarga vecina
para Heras. (Plutarco) Júpiter, rayo de oro,
hecho cisne ante Leda y para Europa toro.
(Lee a Jenofonte) Hermes, Aquiles y Atenea
vistos sol, viento y nubes. (Metrodoro). La tea
representada por Apolo, Hefaistos, Helios.
(Lee a Teágenes) Y luego lo que nos dice Homero
y nos refiere Ovidio. Hay poesía, pero
pasa un poco la mano por el largo mentón,
salta la nota o sigue leyendo otro renglón:
Anfión pulsó la lira, obsequio de Mercurio

Ahí tenemos los libros sagrados. Acerquemos
los ojos a sus tapas polvosas y miremos.

Debemos conciliar el Korán y el Talmud
y el libro de Hong-Fu-Tseu, y dentro esa virtud,
la Biblia, el Zend-Avesta y el Pentateuco que
escribió en luengos años el temible Mosché,
aunque el muy erudito lord Bolingbrocke niega
a Moisés la paternidad que el tiempo lega.
No olvidemos a Manu, ni al Veda y todo aquello
que queda dentro el ritmo hablado de lo bello.

La fantasía griega, sus poetas videntes
formaron numerosos Dioses omnipotentes. (2)
Dividieron la escena de la vida divina
que llevó el pensamiento a la raza latina,
y dieron a cada uno de ellos una función
independiente, básica. El dios, en esa acción,
desarrollaba su poder; y así tenemos
a los Dioses del aire que muy bien conocemos:
en la luz de los astros y en el bien de la brisa:
Hermes, Heras, Apolo, los vientos y Artemisa;
a los Dioses del mar: Tetis y Poseidón,

---

y las piedras moviéronse al oir su murmurio.
Fué así cómo formó el gran muro de Tebas.
Es notable, ¿verdad? ¡Y hay tantas de estas nuevas!...

(2) Es pintoresco el número de Dioses que han regido el mundo desde el trono de lo desconocido.
Baal en Fenicia, Ormud en la antigüedad persa,
Ea en Caldea, Schagthi en la China perversa;
Perkunos en el rito germano; Kami en Yedo
y puedo agregar otros nombres, lugar y credo.
Dyaus, Paryanza, Hermeías, Melkarte y Hakaón,
Tao, Khonun, Nekibt, Astarté y Poseidón,
Ovadjit, Tius, Varunas, Apis, Hermes que riega
la tierra, Tifón lívido y etc. colega.

Anfítrite y Nereo, la nereida, el tritón;
a los Dioses del suelo: Demester, las menadas,
Pan, Baco, Proserpina, las ninfas y oreadas;
a los Dioses de fuerzas subterráneas: Plutón,
las Parcas, el herrero y el perro rezongón;
y a los Dioses que rigen la actividad humana
con inquietud dinámica y lejos del Nirvana:
Marte en la guerra, Venus en el amor, Atena
en la razón exacta y en la ciencia serena;
y luego los demás. En la obra de Homero (3),
hallarás esa acción de los Dioses, primero
empujando los pueblos a la guerra, después
dirigiendo a los héroes una vez y otra vez.
Y así en otros poetas. Ahí tienes a Virgilio
que nos pinta en la *Eneida* un pintoresco idilio.
A Lucano, Lucrecio y Ovidio. De seguro
que éste te hubiera puesto en serio y grave apuro
si te hubiera tratado, pues doblando su dosis
de fe, te hubiera hecho dios en *Metamorfosis.*

Vemos en esos Dioses una legislación
casi republicana. Tuvieron un Solón,
un Licurgo, un Moisés. Presidían sus actos,
legislaban, reuníanse y firmaban sus pactos,
pero el poder a veces se les iba de manos
y entonces transformábanse en vulgares tiranos.
Cada pueblo al formarse, como tú bien lo sabes,
necesitó sus Dioses y complicó las claves
cosmogónicas que dan la Divinidad
unas veces fantástica y otras con claridad.

(3) No olvidemos los héroes: Hércules y Perseo, Belerofón, Edipo y Jasón y Teseo.

Mahoma y Jesucristo, Confucio y Zoroastro,
tienen un mismo punto de contacto en el astro,
suprema maravilla que sirve de telón
o cortina al oculto autor de la creación.
Que éste se llame Odín, Júpiter, Jehová, Alah
u Osiris, nada importa. La imaginación va
construyendo a su lado la fe supersticiosa
que se inquieta en la vida y en la muerte reposa. (4).
Los pueblos precisaron siempre algo en que creer
y poco importa que esto sea bestia o mujer.
Así como seguían a un hombre e iban en pos
de él, también seguían en su interior a un dios.

Tales fundó el principio húmedo. El Oceano,
padre de dioses y hombres. ¿No te parece, hermano,
que es atrevido eso de ver al tiburón
naciendo junto a Venus brillante de pasión?

El Oriente resume en la Naturaleza (5)
el poder superior de suprema belleza
y ama a Dios en la flor, el mar y la montaña,
el cielo, el astro de oro y el puro aire que baña
el mundo con la vida. Era la poesía
y ella dió con el tiempo, paso a la teología
"Dios colocó agua y aire entre el fuego y la tierra". (6)

(4) Recuerda al Shintoismo del Japón, en los sotos poblados por los Kamis creyentes y Mikotos.

(5) Naturaleza inspira respeto por lo sabia. Ahí tienes a los graves Dioses de Escandinavia surgiendo de sus causas, y lo mismo aseguro de Escocia, Persia, Roma, China y el Rhin obscuro.

(6) El fuego. Mithra, Osiris, Apolo. Todo finca en el sol, dios eterno en los ritos del Inca. Persas, aztecas, mayas, egipcios y romanos tuvieron un Fudo en sus ritos paganos.

Así opina Platón en *Timeo*. Se encierra
en un principio básico de dialéctica, amor,
mira a Dios en la obra divina del creador
y funda con Crisipo su principio, su esencia,
en la inconmensurable voz de la Providencia.

En el mito ilusorio habla la fantasía,
y es así cómo vemos que en la Mitología,
astro en la obscuridad y en la epidermis flor,
nace el mundo en la noche y a su lado el amor.
Pero éste es anterior a la noche. El activo
principio de creación, al principio pasivo,
la forma a la materia y el acto a la potencia.
Tú verás, Kant amigo, dónde está la evidencia.

"Todo hombre organizado, como toda nación,
reconoce a los Dioses", opina Cicerón.
He pensado lo mismo. Es la ley absoluta
que con la razón hace varios siglos disputa.
Y la hipótesis amplia que funda Alejandría,
es una asociación de fuerzas. Se diría
que el pensamiento inquieto busca la trinidad
de tres principios básicos en uno de igualdad. (7)
Mas ésto riñe al punto con Jenófanes. Rozo
aquí su pensamiento: "Si lo más poderoso
y grande que en la tierra existe, es él, es Dios,
debe ser uno solo, y no pueden ser dos".

(7) Brahma, Siva y Visnú. Hay, también, otro tanto en el Padre, en el Hijo y el Espíritu Santo.

Veamos el panteísmo alado de Plotino
que en la confusión del principio alejandrino
mira a Dios en el éxtasis. El es, con claridad,
el ser que más se acerca a la Divinidad,
pues abandona su razón, y, en la inconsciencia,
cae, con su pensamiento, en la divina ciencia.

Amigo Kant, recuerdo mis frases a Entidemo
y aquellas reflexiones que escuchó Aristodemo
en mis *Diálogos*. ¡Cómo he cambiado! Tú ves:
antes era la fe y ahora soy el revés.
Caigo como Protágoras en esa negación
de los Dioses haciéndome aquella reflexión
que se hizo Trasímaco ya cubierto de canas:
"Los Dioses no se ocupan de las cosas humanas".
Y pienso si es verdad lo que dijo Critías,
el tirano de Atenas, en sus frases impías:
que los legisladores trajeron la invención
de los Dioses, pues vieron en su realización
un provecho divino en favor de los reyes,
ya que los criminales no temían las leyes. (8)
De otro modo no acierto a comprender cómo es,
— tú lo interpretarás, caro Kant, a tu vez, —
cómo los Dioses no dejaron en el mundo
una obra, una prueba de su existencia. Abundo
en dudas. Tú dirás que la Naturaleza;
pero ésta existe ya y Dios recién empieza.
No te vuelvas estoico ni imites a Cleanto,
Marco Aurelio, Epicteto y no hagas otro tanto.

(8) Hay un libro de mitos donde Wundt habla tan claro, dicen algunos, —no entiendo el alemán— que me han venido ganas de aprender ese idioma para leerlo en su lengua, aunque parezca broma. "Wolkerysichología" se llama. ¿Te interesa? Léipzig, 1900. (Hay edición francesa).

Tú que fundaste la crítica en la razón,
debes pensar más lejos de la imaginación
y creer como yo, que aunque abatido y viejo,
sin cabellos y envuelto sólo por el pellejo,
percibo en mi cerebro la inquietud de las células
que van a tus ideas com amigas libélulas.

Por otra parte, Kant, si Dios es sólo el bien,
la perfección humana, la bondad y también
todo lo puro y grande de que el mundo disfruta,
debió quebrarme un día la copa de cicuta.

Si él es el pensamiento, ¿qué piensa?, ¿qué evidencia?
Y si es la inteligencia, ¿qué hace?, ¿cuál es su ciencia?
Si es el obrero máximo, ¿dónde se halla su obra?
Y si no piensa o no hace nada, entonces nos sobra.

¿Piensa en sí mismo? ¿Hace por sí mismo? Es lo mismo
Su principio descansa, luego, en el egoísmo.

La potencia del acto que Aristóteles funda
y cuya proyección la obra de Dios circunda.
es inexacta. Aquella que se convierte en acto
y éste en potencia no es hasta hoy un hecho exacto.

Dios no se ha hecho hombre: el hombre se hizo Dios. (9)
El ha sido potencia y acto, y en esos dos

(9) A través de la sombra, el primer hombre busco.
Manco Capac o Sinchi lo llaman en el Cuzco
Menés en las riberas olorosas del Nilo,
Manu en la India llena de misterio tranquilo,
Jano en el Lacio, Nigi No Mikoto en Japón
y Adán, padre del mundo en la actual religión.

principios, descansó su fuerza, su grandeza,
su perfección humana y su genio. No reza
en sus actos la fuerza de Dios. Es el impulso
que dirige el cerebro y moviliza el pulso.
Su razón, su equilibrio, está en su inteligencia.
y en la obra se palpa su poder, se evidencia.
El es el constructor material y pensante,
y mártir, sabio, artista, se transforma en gigante,
sepárase del mundo y se hace Dios. La historia
compagina sus actos y forma la memoria.

No hablemos de las causas. Son principios como otros
en plantas y animales. Hablemos de nosotros.

En lo que atañe al bien, tú dirás como yo
que la bondad divina aun hoy no se mostró
y que el mal anda suelto y nadie lo vigila.
¿Dios levantó su puño sobre Mario y Atila?
¿Castigó a Justiniano, Tiberio o Solimán,
Nemrod, Achab, Darío, Clovis, Nerón o Ivan?
¿Dejó caer su rayo vengador en Cambises
Syla, Claudio o Sesostris? ¿Vengó a los infelices?
¿Fué a través de los siglos el sentenciador justo
castigando a Matías, César Borgia o Procusto? (10)

(10) Los castigos sufridos por Narciso y por Midas
son ejemplos poéticos con respecto a las vidas.
Al referirme a ellos, no olvido a Edipo, el ciego,
ni a Aracne que tejía más que el mejor dios griego,
ni a Pluto que tiró el oro, ni a Pineo
que encegueció a sus hijos, ni al titán Prometeo.
Atreo, rey de Argos y Micenas, tirano,
se vengó de la forma más feroz de su hermano:
le hizo comer sus hijos. Rosimunda brindó
en el cráneo del padre. Dios no los castigó.

La acción humana, hija más del mal que del bien,
hizo pasto del Mundo. No penetró en la sien
del culpable una idea de pureza. Ni Belo,
Amón, Júpiter, Thor, Visnú y el mismo Cielo,
detuvieron la mano brutal del asesino.
El bien fué sólo idea. El mal se abrió camino
al lado del Olimpo y del Sinaí. Fué
cólera, imprecación y rugido. La fe,
simple ilusión sonriente, fué limosna otorgada
ciega y confiadamente en la mano estirada
del rico. No mandó la ley sacra el venablo
disparado directo a la obra del Diablo.
El crimen puso sangre en los senos dichosos;
y los hombres, serpientes, hienas, tigres y osos,
sátrapas, deys, califas, reyes, cónsules, lamas,
llenaron las ciudades de guerra, luto y llamas.

Sólo permaneció inconmovible y fuerte
un juez inapelable e infalible: la Muerte.
Por otra parte, Kant, tú bien sabes que algunos
de los predicadores fueron peor que los hunos.
Moisés para probar sus principios potentes,
ordenó la matanza de miles de inocentes.
Hay un Papa, Alejandro VI, si no me olvido,
que en el rito eucarístico daba veneno; y pido
perdón a Jesucristo por traer un ejemplo.
El a los mercaderes, los azotó en el templo.
¿Y el juicio? A los cincuenta y tres, Mahoma, en paños,
se casa con Ayesa que tiene nueve años.

Después de tantos años de pensar y pensar
bajo la sombra plácida de este quieto olivar

que recibe las músicas de los vientos marinos
y el perfume de fruta que vierten los caminos,
he llegado, colega, a ver la reflexión
coronada por la más clara conclusión.
El bien, amigo mío, lo lleva el hombre mismo.
Dios es la poesía. Su nombre es el abismo

"No puede concebirse ninguna negación
sin tener como base la opuesta afirmación".
Esto digiste tú en *Crítica* (un segundo:
página ciento ochenta. Barni. Tomo segundo).
¿De acuerdo? Pues te envidio tu modo de pensar
de entonces, mas no quiero contigo dialogar.

Afirmaste un concepto real y positivo
en tu argumento físico-teológico, expresivo;
y llegas a la prueba ontológica, apura
el principio de perfección. Ves la Natura
que orla de bello el mundo, como obra del perfecto
arquitecto. Tu ves en Dios a ese arquitecto
capaz de alzar de un soplo el mayor monumento;
y amplías en tu ley moral el argumento
de las *causas finales*. Mas, dímelo al oído,
¿piensas, Kant, como ayer? ¿No has mirado o sentido
el más allá en ti mismo? Teoría tras teoría,
amontonar papeles inútiles de día
y de noche; pensar y pensar, con los ojos
abiertos a la vida llena de ensueño y piojos.
Mover la mano y ver que el movimiento ordena
el cerebro; pensar en eso que encadena
finito e infinito. Teísmo y panteísmo,
deísmo, cristianismo y siempre abismo, abismo.

Santo Tomás Anselmo, San Agustín, Dionisio,
Erígenes, de Bene, Dinant, Eckart, el juicio
sobre Dios de Descartes, Bossuet, tú y Espinosa,
y no llegar después de ello a ninguna cosa.

El alma es pura inteligencia universal,
una pequeña parte y de lo material
el cuerpo no contiene sino otra parte. Esto
lo verás en mis *Diálogos* a tus ojos expuesto.
Demócrito, atomista, cree en la intensa reunión
de partículas, vale decir: la sabia acción
combinada del átomo condensa la existencia,
traduce el movimiento y constituye esencia.
Esto, en parte, condice con Empédocles y
Anaxágoras cuya tesis ayer leí:
"La vida, el movimiento es sólo una reunión
y la muerte, el silencio, una separación".
Pero en cambio, Aristóteles ve en el alma el primer
acto de un cuerpo bien formado que, al nacer,
tiene vida en potencia. Su juicio es más extenso:
El mundo es ser viviente, un animal inmenso.
La materia es su cuerpo y la fuerza su alma.
Aquí recapacito y me interno en la calma
del pensamiento. Abarco tu juicio, Kant, y cito
algo que tu has pensado y que luego has escrito:
"El espíritu no construye solamente
el exterior del mundo y le impone, consciente,
su forma. Más bien créalo y lo hace salir
completamente entero de su propio bullir
y de su actividad". Este, tu pensamiento,
no nace claro está, de la matriz del viento
como sostiene Diógenes de Apolonia, que mira
en el aire la acción pensante y la retira.

Hay solidaridad entre éste y el mundo.
Lo leo en el *Problema de la Razón*. Rotundo,
tu juicio va extendiéndose hacia aquella teoría
profundamente llena de honda filosofía,
que mira la unidad pensante, construyendo
la unidad de este mundo. Pero también entiendo
que debe distinguirse en el conocimiento,
la materia y la forma. Aquélla es sensación,
fenómeno. Esta abarca las leyes subjetivas
que convierten el Caos en potencias activas,
en conjunto provisto de unidad. Todo ello
es tan claro que cabe metido en un cabello.

"Voluntad es esencia misma de la razón",
dice Fichte. De acuerdo. Otra comparación:
"Lo absoluto es la Idea, la realidad, Verdad".
Es Hégel quien lo afirma. ¿Hallas disparidad?
Regresemos a Fichte: "Espíritu extinguido
es sólo la materia, resto de lo vivido.
En cambio, Realidad resume evolución,
de lo absoluto, vida universal, unión".
En fin, la larga hipótesis del alma sólo aspira
en todo lo que escruta, revuelve, observa y mira,
a hallar la clave justa del gran interrogante
y encontrar la razón de la unidad pensante
y universal, teniendo por fin la prescindencia
absoluta de Dios creador y providencia.

Amigo Kant perdóname. Viejo ya, me hallo harto
de hablar a mis discípulos con gravedad. Comparto
el cansancio del árbol que el hacha ahora disputa,
después de haber brindado largos años su fruta.

Con ese pesimismo que dona la experiencia
y da a través de siglos una amarga evidencia
de las cosas humanas y divinas, me inclino
a pensar en mí mismo. Es mejor. Imagino
que me interpretarás. Como, medito, duermo
y trato en lo posible de no caer enfermo.
Soy, en una palabra, un hombre dedicado
a su bienestar. Busco el fruto sazonado
y el almohadón de plumas. Hallo la vida bella,
miro el mar con asombro y contemplo la estrella
con devoción poética. Descanso nueve horas,
y si algún día escucho las voces tentadoras
de la locura, acudo a mi alma. Ella dice
si hago mal o hago bien, y nunca se desdice.

Tranquilo como todo ser que en culpa no incurre,
vivo feliz y sano Con la razón discurre
mi juicio a veces. Brinca en mi interior la vieja
tendencia, pero el juicio con calma la aconseja
y torno a ser lo que me hace feliz, de modo
que no teniendo nada, poseo casi todo.

Tu me darás razón. Estoy casi seguro
de ello. No necesitas escalar hoy el muro
Tienes un agujero que es más que suficiente
para mirar al mundo de oriente al occidente:
la eterna indiferencia de Dios respecto al hombre
y el inestable y lírico principio de su nombre.
Asómate. Yo espero que tu razón se abra.
Amigo Kant, termino y tienes la palabra.

S.

Postdata:

Me olvidaba decirte en medio de todo esto,
algo bueno, en el fondo, que por eso no resto.

Grecia fué un pueblo noble desde el pelo a los pies,
un pueblo lleno de arte como diez a la vez.
Sus mitos, pues, contienen un fondo de belleza
exquisita y de amor. Hay poesía. Empieza
la vida con la imagen sensible. La creación,
se modela, se pule, da paso a la emoción
que traduce la vida divina humanizada
en la expresión más bella de la frase rimada.

Belleza, amor, las fuentes de los Dioses helenos.
Venus de ojos celestes y perfumados senos,
brotando del Egeo; Apolo, soñador,
con la lira en las manos y en la lira la flor.
Y aman los Dioses, aman como simples mortales,
a veces melancólicos, otras veces sensuales,
pero hermosos, brillantes de vida y sentimiento,
magníficos de amor suave, dulce, violento.

Dentro la ingenuidad, pues, de algunos papeles
que tienen en la escena del mundo los donceles
de la obra divina, existe un fondo puro
de estética y espíritu. No es el impulso duro,
ni la acción ley, ni el gesto despótico de mando:
es un soplo poético que va divinizando
las cosas a su paso y avivando su fuego.
Era el alma, bañada de sol, del pueblo griego

que forjaba los Dioses de su mitología
con toda la belleza que da la poesía
y todo el sentimiento que deslíe el amor
en la frente que sueña y en los labios en flor.

Y sino, mira el siglo de Pericles: Aspasia,
dividiendo entre el arte y el talento su gracia
y animando la obra de Pharrasio y Apeles,
Apolodoro, Hipérides, Eufronor, Praxiteles.

Sentados en un plácido huertecillo de olivos,
los artistas dirigen los ojos pensativos
hacia el Egeo. El dulce aroma de las rosas
y las brisas con músicas de las ramas jugosas,
venían hacia ellos con toda la belleza
de los detalles vivos de la Naturaleza.
En Friné ante el Areópago, se mira, a simple vista,
que en el juez más sesudo y grave hay un artista
y que a todas las leyes griegas, sobreponía
la Belleza sus líneas de perfecta armonía.

Lástima — y me refiero aquí a los sacerdotes, —
que no tuvieran éstos las apreciables dotes
que tuvieron Mateo, Agustín y Tomás.
Vivían entregados a sus cultos, en paz,
sacrificando bueyes y corderos nevados
a Júpiter, u oyendo en los templos sagrados
el canto de las blancas vestales (¡oh, esta amnesia!) (11)
que avivaban el fuego de los Dioses de Grecia.

(11) Digo Amnesia. Es verdad, pues en más de un instante la memoria me falta. No hallaba el consonante...

Pero me he vuelto triste y torno al garabato.
Esta vieja toxina mata al salicilato

Malo es ser viejo, Kant, malo porque trae males
sin remedio: cansancio, las toses catarrales,
úrea, glucosa, albúmina. La mirada se abisma
y adentro, como un globo, se agranda la aneurisma.

Y aunque me encuentro sano y hago por ser feliz,
tratando de vivir tranquilo en un país
cuyo buen clima encierra una farmacopea,
me parece que a veces de mi salud se apea
la vejez y me dice: "Sócrates, ten cuidado"...
Y como es justo, tórnome aún más mesurado
cuidando los detalles serios del alimento
y, más que ellos, el otro más hondo: el sentimiento.

Vive despreocupado como el necio, y seguro
que vivirás el doble sin tristeza ni apuro.
Matan más el cerebro y el alma que la tos.
Haz, en fin, lo que hizo con nuestro mundo, Dios.
Mil novecientos veintinueve Que sigas bien.

La respuesta de Kant fué una palabra: "Amén"

EL DINERO

Gran caballero es Don Dinero,
diré como Quevedo en un verso quebrado.
Saludando a la suerte, triunfa en el as o el dado
y la vanidad le saca el sombrero.

Dólares y pesetas, liras y napoleones,
escudos y reichmarck, yens, pesos y chelines,
esterlinas, coronas, francos, dinars, doblones,
zlotys, marcos, florines
y todo el alfabeto de monedas mundiales
que representan siete pecados capitales,
bastan para hacer sabio al necio y petulante
y destacar la torpe acción del ignorante.

Bien dijo el Arcipreste en verso alejandrino
con parca reflexión y verdadero tino:
"Sea uno ome nescio é rudo labrador,
los dyneros le fazen fidalgo é sabydor".

Como una mágica varilla,
el dinero presenta la octava maravilla,
pues traspone el obstáculo y traspasa la puerta,
dora la acción del torpe y se ingenia de modo
que hace la vida cierta
poseyéndolo todo.

Sin vacilar, resuelto, Shirlock se torna Midas
y Creso compra el Paraíso.
El oro es el hechizo
al que la voluntad no pone bridas,
y tiene la insolencia del bigote
del mercader judío, caído, lacio y ancho.
Sólo para las blancas de la bolsa de Sancho
existe la sonrisa pura de Don Quijote.

Mueve la vida y hace del mundo un mostrador
universal. Es el carbón del dinamismo
humano. Cambia, rompe, renueva, es constructor
y destructor a un tiempo mismo.
Se pasea con galas de gendarme. Ante el arte,
se docto. Y así vemos — y con ello nos basta, —
al burgués que hizo oro comerciando con pasta,
pararse ante un Rembrant o un Rafael glorioso,
observarlo con honda atención y fijeza,
mover de lado a lado la cabeza
y alzar la gorda mano con un gesto pomposo.
Así el pobre Rembrandt pasa a adornar el "hall"
frío, sin un poco de sol,
del obeso magnate, (Oh!, Rembrandt, no te seques)
cuya mano cargada de anillos, firma cheques.

Es la catapulta romana
golpeando sobre el mundo seguro de sí mismo,
y da a la vida humana
fiebre, vértigo y sensualismo.
Agita muchedumbres y compra los poderes,
atrae hacia él los placeres,
dobla la voluntad, cambia los caracteres,
hace bueno al malvado y hace malvado al bueno,
maneja el trompo elástico del destino del mundo
y es categórico y rotundo
cuando pasea su poder de frente a seno.

De mano en mano va,
de mano en mano viene,
y, cuando se detiene,
más se junta y se da.
Dinero atrae dinero,
fortuna atrae fortuna;
la suerte pinta a una
mujer de cuerpo entero,
voluble como son
las mujeres a veces
poniendo al corazón
rayas de $ y eses.

Gran caballero es Don Dinero
diré como Quevedo sin ninguna ironía,
y me envuelvo sincero
en mis florines de melancolía.
Ellos, sólo mi buena amada los disputa:
no van de mano en mano como la prostituta.

EL ESPLENDOR DEL MUNDO

Satán, el angel malo, salió de los infiernos,
disimuló su rabo, ocultóse los cuernos,
alisóse el cabello con oloroso aceite,
vistióse con esmero, se hizo un ligero afeite,
y, a espaldas del Señor, subió a la tierra un día
dispuesto a pasear y hacer filosofía.

Se halló en una ciudad tumultuosa y nerviosa
y se internó en una amplia avenida ruidosa
abriendo a cada paso con inaudito asombro
los ojos y volviendo la vista sobre el hombro.
Vió vidrieras con luces, rascacielos, carteles,
luminosos, paredes cubiertas de papeles,
vehículos ligeros, autos, coches, tranvías.
Devoró las vidrieras de las confiterías
como goloso que es, capaz de dar su emblema
por un merengue fresco o un platillo de crema,
y después de vagar por calles y avenidas,
de contemplar los cines y las plazas nutridas
de paseantes, detúvose a meditar un rato
aunque sus pensamientos eran un garabato.

¡Vaya! — se dijo el Diablo con el mejor humor, —
El mundo está cambiado y es ahora un primor.
Nada falta a los hombres para hallarse felices,
y a pesar de ello, apenas miran tras sus narices,
pues me buscan a mí. Con asombro confieso
que aquello apenas vale un gramo de todo eso.
El que esto mira, pocas ganas tendrá de irse.
Esto es más pegajoso que la magia de Circe
y que retortas, yuyos, braseros y serpientes
de las brujas tesalias que nos pintan, sapientes,
Plutarco, Ovidio y Lucio y aun que aquella Medea,
esposa de Jasón, que me viene a la idea
con las brujas de Shakespeare en "Lady Macbell". ¡Vamos!
Estamos historiando y no necesitamos,
pues el presente aquí es mayor maravilla.
¡Y pensar que todo esto nace de una costilla!

Y continuó: La vida por lo visto es más pública.
Se ha realizado el noble sueño de la República
que nos citó Platón hace unos siglos, cuando
Atenas constelaba la humanidad, brillando.

Estoy maravillado de esta organización
splendeur produite, y traigo a colación
mi francés olvidado, que en más de un buen escrito
me ha mostrado versado en lenguas y erudito.

Ingenuamente digo que esta gente está bien
y que mi infierno es pésimo, horrible y que, también,
será algo necesario, caro Satán, que juntes
algunas impresiones y hagas unos apuntes

para llevar, al menos, de tu visita y de eso
que ves, a tus infiernos, un poco de progreso.
Que bastante de ti se han burlado, en concilio,
Luciano, Horacio, Séneca y hasta el mismo Virgilio
que te solfeó en las "Geórgicas" con rimas azas ocres.
Hallarás un Polybio y un Timeo de Locres
que te comentarán de nuevo, amablemente,
como a un ser mesurado, progresivo y sapiente.

Pero — enmendó después, — el hombre es ambicioso;
si vive en un palacio lo quiere más grandioso;
si no tiene más techo que el inclemente espacio,
no le basta una choza y pretende un palacio.
La ambición lo estimula en todas sus pasiones
y es la exactitud de sus manifestaciones.

Si doy a conocer estos mundos fantásticos,
sus simples resultados me parecen elásticos
y las cosas elásticas traen serios perjuicios,
pues nublan las ideas y perturban los juicios.
Gozarán un momento todos mis ciudadanos,
y, ambicionando más, extenderán las manos.
Por otra parte creo y creo bien pensar,
que no estoy en edad ahora de trabajar
en provecho de otros Será mejor, amigo,
que hagas lo que hizo el zorro de marras con el higo
y te lo comas tú en tu mismo provecho.
Cuida tu plato y cuida tu bolsillo y tu techo.

Deja, pues, a estos hombres con sus aspiraciones
elevarse. Más altas lleguen sus ambiciones,

más cerca los tendrás de tus amables hornos
sin necesidad de recurrir a sobornos,
porque ellos muy a gusto golpearán a tu puerta
y ni se anunciarán si la encuentran abierta...

¡Ya caminando, el Diablo se hizo esta reflexión,
y continuó sonriendo y esgrimiendo el bastón
hasta que dió con una amplia confitería
donde entró, satisfecho de su filosofía.

EL GUSANO

Naciste de la tierra y al polvo volverás.
Entre aquélla y la muerte hay un pacto de paz.

La tierra es buena amiga. Fecunda la simiente,
vuelca savia en las ramas maravillosamente,
da frutos a los árboles y flores a las hierbas,
piedras preciosas, oro y, con ello ,si observas,
este desvertebrado gusano que te escribe
y nace de lo pútrido y de la muerte vive.

Tu cuerpo, hombre es el germen de mi fecundidad.
Surjo de tu osamenta y muerdo a libertad
tu cerebro sapiente y tu carne gloriosa,
seas rey o mendigo, príncipe o cualquier cosa.

Aunque la humanidad con su juicio me tilde
de hambriento, yo, a mi vez, me considero humilde.
Acepto lo que el mundo separa de su lado,
enfermo o infeccioso, macilento o gastado,

y me interno en las vísceras cuyo coágulo bebo,
traspaso la epidermis, rompo la arteria, llevo
al propio corazón mi humilde dentadura,
y allí donde anidó el amor, la ternura,
la bondad, la ambición y el odio con exceso,
este pobre gusano muerde y vive con eso.

Existes en un mundo exterior e interior.
El uno te acaricia la piel con una flor
y el otro te sumerge en la cueva sombría
donde la risa es mueca en tu fisonomía.
El pensamiento salta con agil acrobacia
y te lleva a los campos donde la fresca gracia
de tu espíritu surge de nuevo y se remoza
impregnado de luz y fragancia de rosa;
mas el dolor te atrae mientras su voz te llama,
y, baja, la cabeza, vas donde te reclama.
Los vientos del espíritu te sacuden. Son vientos
que soplan misteriosos sobre los pensamientos
como sobre una selva espesa
que gime sacudida por una fuerza extraña.
Después viene la calma con el perfume errante
de la alegre campiña de la niñez fragante.
Tornas a la quietud dulce de la inocencia
que, dentro su ignorancia, tiene la noble ciencia
de la felicidad que se va con los años
a medida que sube la vida los peldaños
de la juventud, luego de la vejez, después
de la edad inconsciente a fuerza de idiotez.
Y si hay una hora de hondo recogimiento,
un instante de buzo de ti mismo, un momento
de extracción de tu ser, prescindiendo del mundo,
sufrirás más hermético pensarás más profundo

y, cuando luego quieras volver al artificio,
te volcará la copa de licor rubio el juicio.

En tu vida habrá siempre dos líneas paralelas:
el dolor y el placer. Si de aquélla recelas,
la razón huirá lejos de tus meditaciones
y te hallarás juguete de todas las pasiones.
El dolor con ser duro, es siempre verdadero.
Hace vivir más, hiere, pero es noble y sincero
y deja cuando pasa el aroma divino
de la felicidad que floreció el camino.
Tu vida es el torrente y la muerte el remanso
que te da quietud del agua y piadoso descanso.
Por otra parte pasas bello, altivo, sonoro,
manejando a tu antojo el mundo con tu oro
y obteniendo el aplauso que dá la muchedumbre;
mas dentro de tu cuerpo llevas la podredumbre
donde yo, en el silencio de tus carnes, enrosco
mi cuerpo miserable e inactivo. Conozco
tus cédulas y vísceras, tu mineral y venas;
no me es desconocida la fuerza que encadenas
en tus tirantes músculos; mas sonrío y me aplasto
en tus vértebras. Todo tu ser será mi pasto.
Tu muerte animará mi existencia, que iguala
en la hora suprema el andrajo y la gala.
Me multiplicaré en tu carne podrida,
y en la frialdad eterna prolongaré mi vida
hasta que sólo queden los huesos a mi lado.
Polvo eres y al polvo siempre serás tornado.

Pero tú no me temes ni me has temido nunca.
Cuando la noble máquina del cuerpo falla, trunca,

sólo te atemoriza el pensamiento de
perder el esplendor del mundo, bien lo se.
Es eso lo que temes: dejar dichas, placeres,
triunfos, amor y dones del Universo. Eres
egoista. La muerte no te inspira el espanto
del más allá insondable. Piensas en el encanto
de la felicidad, y pensando esto inclinas.
la lívida cabeza junto a tus medicinas.

El que hizo el mundo, tuvo esa sabiduría
clarividente, exacta, que mide vida y día.
Planta, animal y hombre, nacieron con un sino
de término seguro: esperar su destino.
Crecen, se multiplican y dan su obra, mas
llegado el día, mueren y tornan a la paz
absoluta. La ley invisible que pesa
sobre ellos, es segura y llena de firmeza,
sin que ninguna fuerza detenga su poder.
Ella dice, y como ella dice tiene que ser.
Y después de esa ley, estoy yo. Diez paladas
de tierra, y se reaniman las fuerzas atontadas.
Mi cuerpo miserable se agranda y culebrea,
ávido de tu carne inmóvil. Centellea
el instinto voráz que me hace tu verdugo
Devoro tu podrida materia, absorbo el jugo
de tus venas gloriosas, y, aunque no tengo frente,
después de saborearte me siento inteligente.
Lo que pasa en el negro ataúd, nadie vió
ni verá. Ese secreto, lo sabemos tú y yo.

Ya ves, pues, ¡tánto orgullo y tánta necedad
como a veces demuestras ante la humanidad,
y terminar después el poderío vano
siendo la miserable comida de un gusano!
¿De qué sirvió tu orgullo sino te defendió
y de qué tu oro si de mi no te libro?
¿Qué hizo tu vanidad por salvarte, en la muerte,
del gusano minúsculo que hace pasto del fuerte?
Y ese poder del cual tú te vanagloriaste,
¿dónde está, presa mía, que no me lo enseñaste?
Francamente te digo que en todo eso no fío.
Aunque no sé reir, a veces me sonrío.

Hombre, vive, disfruta, goza del mundo entero.
Yo, confiado, te espero.

LO INMORTAL

Tu inmortalidad, hombre, está en tu obra. Tienes
en tus manos los dones que la muerte no arredra.
Sacrifica tus horas y separa los bienes
del mundo, y te hallarás frente a frente a la piedra.

Haz para tu existencia y haz para tu futuro.
Edifica tu nombre desde tu propia casa.
El camino es más largo y también más seguro.
Vida es término. Obra queda y el hombre pasa.

Materia es sólo humana y Espíritu es divino;
relatividad una e infinito el segundo.
Sobre el cuerpo podrido, un soplo diamantino
esparce su inmedible pensamiento en el mundo.

Tu existencia es la concha del abismo marino
y tu obra la perla luminosa y florida.
Separa las dos cáscaras y hallarás el destino
que proyecta tu nombre más allá de la vida.

INDICE

	Pág.
Génesis	5
El Hombre, la Muerte y Dios	9
La Herencia de Caín	14
La Bestia	15
El Amor	18
Las Pasiones	24
La Razón	29
La Muerte	36
La Locura y el Amor	41
La Muerte de los Dioses	46
El Paso del Mar Rojo	50
Los Bárbaros	53
Los Césares	55
Las Pirámides	58
La Respuesta de Cristo	61
Alejandro	65
Atila	67
Las Siete Maravillas del Mundo	69
Renacimiento	71
Metempsícosis	75
Epístola de Sócrates a Kant	81
El Dinero	98
El Esplendor del Mundo	101
El Gusano	105
Lo Inmortal	110

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00027931472